

cito italiano le sale al encuentro en Aspromonte en donde es herido y hecho prisionero, y vuelto á enviar á la isla de Caprera. Simultáneamente los Mazzinianos, sirviéndose de la prensa, y no desdeñando las adulaciones y lisonjas, se agitaban extraordinariamente y hacían varias tentativas, aunque infructuosas, mientras que la masonería trabajaba ocultamente, sin llamar la atención, ni meter ruido, pero de una manera eficaz, para falsear las tradiciones y destruir las creencias; para ello multiplicaba sus logias, siendo su principal objeto la ruina del poder temporal del Papa, como medio para destruir después, y hacer desaparecer, si posible fuese, el poder espiritual.

La Rusia, la Inglaterra, y la Prusia secundaban también esta obra, no por amor á Italia, sino por odio religioso. Tampoco desagradaba principalmente á la Francia que, tanto por la ineptitud, ó por la imprudencia de los Gobernantes de Italia, como por los desmanes de una prensa sin pudor, de una indisciplina general, de un enorme desfalco de la Hacienda, de un bandolerismo indómito, veía la imposibilidad de impedir que no fuese perturbada la paz de Europa de un momento á otro. Á las dificultades inherentes á la transformación de un reino, se agregaban otras varias, tales como: el suponer que, para mantener la unidad, fuese necesario el dar á toda la Italia el Estatuto, las leyes, el ejército y los empleados del Piamonte. Pasadas las primeras necesidades del momento, doliánse también de esto aquellos mismos que más habían coadyuvado á constituir esta unidad; se sentía la necesidad que había de emanciparse de Turin, por estar demasiado próximo á los Franceses y á los Austriacos, y se creía que la ciudad más digna de ser la capital, era Nápoles. Pero, ¿Quién se atrevería á proponérselo al Parlamento y al Rey? Napoleón, sin embargo, bajo cuyos ojos se urdía la trama, prometió que en tal caso retiraría su guarnición de Roma; lo cual era completar la independencia, y de este modo fué como se pudo obtener el consentimiento del rey; pero los militares demostraron la mala posición estratégica que ofrecía Nápoles, é hicieron que se prefiriese á Florencia, mediante un convenio, según el cual se la declaraba capital del reino, y se prometió no tocar á Roma. Al anuncio inesperado y fraudulento de esta determinación, se alborotó Turin, y la tropa hizo estragos entre los inermes ciudadanos. Ya puede pensarse cuán grande sería la indignación general que excitó semejante proceder.

La Monarquía, pues, acababa de ser trasladada á otra parte, y Turin que fué, no solo cruel, sino villanamente ultrajada, quedaba reducida á volver á ser simple ciudad de provincia, como lo era en tiempo del rey Arduino, manifestando

1861.
13 de
tiembre.

21 de
tiembre.

el gran dolor de su descoronación, así como Parma, Módena y Nápoles; pero sabiendo á lo menos remediar y compensar, en parte, este despojo por medio de su actividad y del respeto de sí misma.

VI

EXPEDICION DE MÉJICO. — AUSTRIA Y PRUSIA.

La guerra de Italia aumentaba la gloria de la Francia, que había creado una nación, conquistado á Niza y á Saboya, domado á la Rusia y reparado los desastros del paso del Berezina con la victoria de Alma. Persuadido Napoleón de que tales grandezas consolidarían su dinastía, se propuso refrenar el torrente de la revolución y el desbordamiento de los ríos; pero el Loira, el Ródano y el Garona saliendo de los límites naturales de su curso, inundan el país y causan mortíferos estragos: en el interior los hombres de orden se separaban del Gobierno por causa de la cuestión romana; en el exterior los sucesos de Italia causaban terror á todos, no pudiendo prever adónde iría á parar aquel misterioso propósito de rasgar los tratados de 1815, y de vengar á Waterloo. La Bélgica y la Suiza trataron de ponerse á cubierto por medio de una neutralidad que fué reconocida legalmente; otro tanto hicieron los Príncipes de Alemania: no se quería ni retirar las tropas, ni desarmarlas. Se decía que el Austria deseaba reparar sus pérdidas de territorio adquiriendo todo el de la parte del Danubio; que la Inglaterra quería hacer de la Sicilia una Malta mayor, y mientras que en Spithead había desplegado con grande ostentación fuerzas marítimas extraordinarias, se esforzaba en hacer sentir su influencia en todo el mundo, por medio de sus Bancos. Napoleón, pues, en vista de esto, conoció que tenía necesidad de apartar de sí la atención pública de la Europa, provocando nuevas guerras.

Mientras que España se hallaba ocupada por las tropas de Napoleón en 1810, la aristocracia y el Clero de Méjico alzaron la bandera blanca y azul de los antiguos Monarcas aztecos, con la imagen de la Virgen de Guadalupe, y se sustrajeron de la dominación de España. Pero cuando se creía que con la independencia el país se haría floreciente; Méjico, bien fuese con República, ó con imperio se transformó en un país inquietísimo y turbulento, y desde el año de 1821 al 1863 hubo en él doscientas cuarenta insurrecciones militares.

Los Estados Unidos, que envidian y codician aquel país riquísimo, que posee y domina las posiciones más ventajosas para el comercio interior y el exterior, le tomaron la mitad de su territorio, y excitan en él continuamente distur-

bios y discusiones que concluyen siempre con violentas anexiones. La Europa que se ha mezclado varias veces en estos continuos conflictos, concibió la idea de tranquilizar las antiguas posesiones españolas, estableciendo en ellas la monarquía, empezando por Méjico. Olvidándose del ejemplo de Itúrbide que, después de haber conseguido hacerse proclamar Emperador, concluyó por ser fusilado; olvidando la dictadura de Santa Ana, la España intentó colocar en el trono de Méjico á un Infante, pero la expedición falló.

La Francia había enviado ya una escuadra á aquel país para castigar el asesinato de uno de sus cónsules; y después, para obligar al gobierno á pagar las grandes deudas que había contraído con Bancos franceses é Ingleses; y ahora combinó el envío de una expedición de acuerdo y en unión con la España y con la Inglaterra. Las flotas de estas dos últimas naciones no tardaron en retirarse, y Napoleón III continuó solo la guerra, aunque con desaprobación de toda la Francia, pero con el objeto de favorecer la casa de Banca Jecker. Movido por su idea humanitaria de curar un país tan grande como media Europa con siete millones de habitantes, hecho juguete de algunos miles de aventureros; pensó establecer en él otro elemento de aquella su federación latina, ofreciendo colocar en él, como Emperador, al Archiduque Maximiliano, aparentando con esto querer dar una compensación al Austria por la pérdida de la Lombardía.

Aquella se había propuesto reparar sus pérdidas en tierra firme haciéndose fuerte en el mar, único medio de defender el reino Veneto, y conservar la primacía en el Adriático. Maximiliano se dedicó á este objeto, y con su poética ambición se hizo construir un delicioso palacio en Miramar, sobre Trieste, desde donde, al mismo tiempo que guardaba la Italia, secundaba el incremento de la marina, que era un campo nuevo para el Austria.

Allí fué donde le llegó el mensaje de los Méjicanos, ó más bien de aquella porción de gentes que hablan siempre en nombre de la nación, ofreciéndole la corona, y Napoleón, por su parte, le dijo que no podía rehusarla: «Vuestro deber le repetía, es el de acceder á los deseos de las poblaciones que os esperan como á un salvador. Vuestra negativa sería mirada por toda la Europa como un acto de debilidad, y vos seriais tan culpable como yo sería vil, si no os sostuviere hasta el fin, con todas las fuerzas de la Francia.»

Maximiliano, aunque contra la voluntad de sus benévolo parientes, aceptó; y al despedirle Napoleón afectuosísimamente le decía: «Me habéis hecho el mejor servicio que podiais hacerme y por ello os estaré eternamente agradecido.»

Maximiliano desembarcaba en el territorio méjicano con la bendición del Pontífice y con los votos de las autoridades, animado de las mejores intenciones; los partidos reviven, y el que más particularmente se mostró desde luego fué el de Juárez, que era ya presidente, y representante del partido nacional contra el extranjero. Esto dió lugar á que nadie saliese bien librado, ni resultase ningún bien de esta empresa. Napoleón retiró indignamente sus tropas, los Estados Unidos hicieron valer también la doctrina de Monroe, esto es, que los Europeos no se deben mezclar en los asuntos americanos. Se suscitan disensiones y conflictos con la corte pontificia, á la cual el Archiduque se mostraba tan adicto; en suma, el resultado fué que prevaleció la reacción nacional; y que faltando el dinero y la fidelidad, Maximiliano fué vencido y fusilado en Querétaro, y su mujer se volvió loca.

Con todos estos sucesos, la reputación de Napoleón quedó muy mal parada, con tanto más motivo que la Francia entera se había mostrado muy opuesta á aquella expedición, y además, se sentía un sordo rumor de guerra; de modo que al terminarse el año de 1866, todas las Potencias se encontraban armadas.

La unión del Sleswig y del Holstein al reino de Dinamarca ligó á este con la Confederación Germánica, é hizo acallar las pretensiones de los prelados y de los caballeros, y hasta de los diez príncipes que alegaban derechos de sucesión, entre estos la Rusia, que de este modo tomaría posición en la Alemania, al paso que si la Dinamarca se encontraba reforzada con la proyectada unión escandinava, la Rusia se hallaría encerrada en el mar Báltico lo mismo que en el mar Negro. Esto daba una grande importancia á los Ducados, y en los movimientos del 48 estalló el conflicto entre los Dinamarqueses y los Austriacos, los cuales, bajo la idea ó el pretexto de la nacionalidad germánica aspiraban á agregarse el Sleswig, fijando por límites de la Alemania el Eider. El rey Federico VII amplió la constitución en sentido liberal, pero el Holstein se sintió lastimado, y se insurreccionó, excitado por el duque de Augustemburgo que era otro de los pretendientes: la Prusia lo favoreció, y en seguida se promovió un conflicto complicadísimo como lo son todos aquellos en los que se quiere sustituir el cónon incertísimo de la nacionalidad, á la justicia y á los tratados.

En el choque entre la Constitución dinamarquesa otorgada por el nuevo rey Cristiano IX de Glücksburgo y los privilegios federales, se dieron y quitaron estatutos y leyes fundamentales: se quería hacer del Holstein un Estado independiente, mientras que el Sleswig quedaria anexado á la Dinamarca: con este motivo se multiplicaron los protocolos, las conferencias,

19 de
junio de
1867.

marzo
1848.

y se repitieron las protestas contra este desmembramiento de un reino, como se había hecho ya con la Polonia, y contra este disponer de los pueblos como de un rebaño; pero todo en vano, porque no existía autoridad moral ninguna que impidiese la iniquidad.

La Prusia ansiaba hacerse potencia marítima, y la Dieta Germánica adversaria, por espíritu de nacionalidad, de los Dinamarqueses, le confió el ejecutar á mano armada sus decisiones. El Austria, por celos, tomó parte en la expedición, queriendo que los dos Ducados y el de Lauemburgo ó quedasen al Duque de Augustemburgo, ó se anexasen á la Alemania.

Miéntas que Palmerston con su acostumbrada ambigüedad protestaba y declaraba que la Inglaterra intervendría si los Alemanes « asaltaban y saqueaban á Copenhague, é hiciesen prisionero al rey », 60,000 Alemanes avanzaban contra 40,000 Dinamarqueses, y á pesar de una valerosa resistencia, el rey tuvo que renunciar á los Ducados, los cuales fueron ocupados por los Prusianos, pero estableciéndose en el convenio de Gastein el condominio del Austria y de la Prusia. Esta, sin embargo, adquiría el Lauemburgo, Friedriksfort y el puerto de Kiel, que es el mejor de toda la Alemania, el Austria perdía el derecho de ser considerada como protectora de los Príncipes pequeños, los cuales, sintiéndose amenazados, tomaron muy á mal y se mostraron resentidos con ella, por haberse hecho cómplice de este abuso evidente de la fuerza. El Austria se apercibió, aunque tarde, de la arrogancia de la Prusia que quería hacer de aquellos países una de sus provincias, dominar por este medio el mar del Norte, y tener en su mano todas las fuerzas federales, gritando y pretextando miéntas tanto, que el Austria quería invadir los Ducados, con cuyo motivo pretendió que los Príncipes menores de Alemania se declarasen ó por ella, ó por el Austria: decía que la Confederación Germánica tenía una forma anticuada, y que se debía constituir otra, mediante el sufragio universal. Esto dió lugar á que protestasen los Príncipes Alemanes y que se declarasen en manifiesta disidencia.

Entre estos numerosos Príncipes, primaba la Casa de Austria, que poseía su Archiducado, el Austria inferior, esto es, la Estiria, la Carintia, la Carniola, el Friol, el litoral Istriano: el Austria superior, esto es, el Tirol con el Trentino, y el Vorarlberg: la Suabia y la Silesia Austriaca; los reinos de Bohemia, de Galitzia y Lodomiria, y el de Hungría, la Dalmacia y el Lombardo Veneto. Las simpatías del mayor número de los Estados Alemanes estaban por ella, y cuando en el teatro se oía cantar: « *Il mio braccio è sacro all' imperatore: coll' Austria combatiamo per le cose tedesche, pel popolo te-*

desco, per la patria tedesca » (mi brazo está consagrado á la defensa del emperador: combatamos con el Austria por las cosas alemanas, por el pueblo alemán, por la patria alemana), el público respondía con entusiastas aplausos.

La Prusia se había engrandecido rápidamente á su propia vista, erigiéndose en reino, el cual comprendía el antiguo Ducado, ó la Prusia Oriental, la Prusia Real, que le venía del desmembramiento de la Polonia, el Ducado de Estetin; las cuatro Marcas de Brandeburgo; el Ducado de Silesia que había quitado al Austria; una parte de la baja Lusacia que había quitado á la Sajonia; el Ducado de Magdeburgo y otras varias fracciones de dominios esparcidas por países alemanes; así como lo estaban también los de la Baviera, la cual se había aumentado igualmente, puesto que en el año de 1777 el Electorado de la Casa Palatina fué reunido al de Baviera.

La aspiración antigua de la Prusia había sido siempre la unidad; y, sin embargo, se encontraba dividida, tanto por la conformación geográfica que acabamos de decir, como por la religión, habiendo en ella muchos católicos, á pesar de ser una creación predilecta del Lateranismo. Dos escuelas estaban allí en pugna: la una, fiel á las tradiciones, defendía la independencia local, los Estados provinciales, las franquicias aristocráticas, las prerogativas de la clase media y de la eclesiástica; la otra, radical, pedía constituciones democráticas, gran número de soldados, y creía necesaria la unidad germánica para resistir á la Rusia, que codiciaba poseer el Oder, y á la Francia que pretendía ser dueña del Rhin. El partido feudal se mantenía fuerte y unido al rededor del rey, el cual aún cuando se vió obligado á dar una Constitución según el sistema moderno, siempre se reservó el derecho de obrar como rey absoluto, habló desde el trono como desde su propia casa, y declaró tener la corona de Dios y de sus abuelos.

En la guerra de Crimea la Prusia se había conservado neutral; en la de Italia declaró que el Mincio era una barrera necesaria para la Alemania, y movilizó algunos cuerpos de ejército para oponerse á la Francia que descomponía los arreglos establecidos por los tratados de 1815; pero en realidad nada hizo por el Austria, solo en una conferencia tenida en Toepnitz, se aseguraron mutuamente sus posesiones. Guillermo IV (nacido en 1795 — muerto en 1861), el hombre de la santa Alianza, había refrenado la revolución en 1848, y le repugnaba el violar los acuerdos; pero se había puesto imbécil desde 1856, y hacia de regente del reino su hermano, que después le sucedió. Este, que había combatido en la guerra de las Naciones, se complacía en hallarse en medio del ejército

18 octubre 1861. y de las batallas, era favorable á la idea de la nacionalidad, pero siendo conservadoras sus tendencias, y cuando fué coronado en Koenigsberg, declaró que « los Soberanos de Prusia recibían la corona solamente de Dios, de cuya gracia dimana, santa é inviolable, la regia potestad. »

En consecuencia de estos principios, había protestado contra las usurpaciones del Piamonte; y también cuando reconoció el nuevo reino de Italia, hizo grandes instancias para que no fuese trastornada la paz de Europa, volviendo á suscitar la cuestión del Veneto, considerado siempre como esencial á la Confederación Germánica. Después reprimía en el interior la libertad de imprenta y de las reuniones.

Hallábase, pues, poco modificada la política de 1815, cuando Bismark reemplazó en el ministerio á Schleinitz y Bernsdorff. Al entrar Bismark en la Dieta figuraba en las filas de los conservadores de la *Gaceta de la Cruz*, y profesaba las mismas ideas; entonces se dolía de que el rey hubiese transigido con los revolucionarios, concediéndoles una Constitución, y de que hubiese favorecido á los revoltosos del Sleswig rebeldes contra la Dinamarca; se burlaba de los que hablaban de la « Unidad germánica » y los calificaba de visionarios; y decía que lo que convenía era el mantenerse estrechamente unidos con el Austria, que era una antigua potencia germánica, que había desenvainado muchas veces la espada para defender gloriosamente los derechos de la Alemania. Pero no tardó mucho en cambiar de ideas y lenguaje; y durante sus misiones á San Petersburgo y á París no se recataba en manifestar su odio contra el Austria, ni los temores ó el miedo que esta Potencia le inspiraba; decía que la constitución federal de la Alemania no era ya suficiente, sino que debía aspirarse á la unidad nacional en lugar de autonomías raquíticas. Persuadido del poder ilimitado del Estado, y de que la misión histórica de la Prusia era la de elevar á la Alemania y abatir al papismo; para llegar á conseguir este objeto, no se cuidaba de los medios que debían emplearse, aunque fuese faltando á la justicia ó á las palabras, y proclamaba muy alto que « la fuerza prevalece sobre el derecho. » (*Macht vor Recht.*)

Cuando ocurrieron los desórdenes de 1848, ya se había obtenido en Prusia la abolición de las servidumbres personales, y de las distinciones entre los bienes nobles y los comunales; así como la emancipación de la Iglesia luterana, del dominio de la burocracia. Sintiendo fuerte por haberse hecho el centro del saber, así como por la unión aduanera *Zollverein* (1),

(1) En el año de 1854, la unión aduanera comprendía una

y por la organización militar. La Prusia, después del 49, aspiró á cosas mal altas: extendió su solicitud particular al ejército, teniendo excelentes generales, tales como Moltke y Roon; y si los gastos para mejorar las diferentes armas parecían, ó superfluos ó excesivos al Parlamento, Bismark se mofaba de él y le daba dimisorias. Según su opinión, no debía hacerse caso de la libertad, sino del poder; el liberalismo era bueno, todo lo más para pequeños Estados como la Baviera, y Bادن, mientras que la Prusia, decía, debía reunir todas las fuerzas para llevar á cabo la grande obra, cuya ocasión de hacerlo se dejó pasar en 1848.

En medio de este prurito de innovaciones, en el año de 1862, el Austria había intentado formar una hegemonía austriaca, haciendo entrar en la Confederación Germánica también sus Estados no alemanes, en cuyo caso la Alemania se habría extendido desde Trieste á Kiel, con una población de setenta y cinco millones de habitantes, y con el señorío del Báltico y del Adriático, volviendo á ser el centro de la Europa como lo había sido en la edad media, uniendo á sí irremisiblemente la parte italiana. Pero las dos Potencias no estaban acordes. Bismark denunció á la Europa esta proposición calificándola de amenazadora contra aquella y particularmente contra la Francia, adulando con esto á Napoleon III, el cual, mientras que á todos atemorizaba ese rumor y presagio de guerra, él estaba esperando que se presentase la ocasión oportuna para reconquistar las provincias rinianas. La Inglaterra, por su parte, apereciéndose que la unidad germánica podría resultar en perjuicio de la Francia, se regocijaba, y se callaba.

El Austria se sentía amenazada; y sin embargo, ni ella ni nadie dudaban de la superioridad de sus fuerzas militares. Según los convenios hechos, las dificultades que ocurriesen entre los miembros de la Confederación, debían resolverse por la Dieta, y cuando no se hiciese así, debía esperarse que se unirían al Austria todos los principillos de Alemania, de quienes

extensión de 8307 leguas alemanas con treinta millones y medio de habitantes. Las importaciones ascendieron á 24 millones de thalers, y las exportaciones, á 22 millones. En el de 1861, la liga aduanera comprendía 33 millones y medio de habitantes, y los derechos de entrada, de salida y de tránsito produjeron 25 millones de thalers.

Por el té, se pagaba el 36 por ciento; por el azúcar el 50 0/0 cuya exorbitancia de derechos dió un incremento extraordinario á la fabricación del azúcar de remolacha. El arroz pagaba el 25 0/0; los tabacos pagaban el 60, y así de los demás artículos. ¿No habría sido mas oportuno y ventajoso el haber hecho un tratado con la América? Esto con tanto más motivo, puesto que la Alemania no tiene colonias, y por esta razón, ningún monopolio que proteger. De ese modo habría podido obtener á precios ventajosísimos aquellos y otros productos, y habría podido extenderlos por toda Europa.

ella era la tutora. El hecho fué que no pudieron ponerse de acuerdo, y en definitiva no se declararon franca, y decididamente por el Austria más que el Hanóver, la Sajonia, y el Wurtemberg.

Los primeros Electores de Brandeburgo lo mismo que los otros señores de Alemania, no tenían tropas fijas sino que para su guardia personal. Juan Sigismundo cuando tuvo que asegurarse la sucesión del Ducado de Berg y de Juliers tomó á sueldo 1,400 hombres. En la guerra de los Treinta años, con solos ocho mil infantes y tres mil caballos se hizo frente á los Imperiales y á los Suecos. Después de la paz de Westfalia, Federico Guillermo fué uno de los primeros en apercibirse que en adelante el mundo sería de los soldados; y en 1653 aumentó su ejército hasta 26,000 hombres elegidos entre los pequeños propietarios é industriales; y con ellos solos hizo las campañas, que le valieron el título de Grande Elector. Constituido el reino, Federico I^o no tuvo organización militar estable; pero en la guerra de Flándes sus soldados adquirieron práctica. En el sitio de Turnai, habiéndose burlado de sus soldados los soldados ingleses, Federico Guillermo I^o se dedicó á mejorarlos, y todos sus esfuerzos se dirigieron á tenerlos buenos, sin ahorrar gastos ni cuidados, sirviéndose hasta de los matrimonios para tener ó comprar buenos granaderos. En tiempo de Federico II, al que no le impedía la filosofía el ocuparse de la guerra y la conquista, su ejército se hizo famoso por las victorias que ganó contra el Austria y la Francia; y desde entonces quedó consolidada en Europa la reputación militar de la Prusia; sin embargo de esto, en la batalla de Jena el ejército prusiano fué derrotado en un solo día por los franceses. Desde entonces el ministro Stein y el general Scharnorst se dedicaron á darle una nueva organización con la cual en 1813 se pudieron poner en campaña 260,000 hombres.

Todos los Prusianos que no tienen alguna incapacidad física son soldados á los veinte años con obligación de servir tres años en la primera clase de la *landwehr*, que comprende los ciudadanos desde veinte á treinta y dos años: estos se reúnen dos veces al año por espacio de tres semanas para ejercitarse, y en tiempo de guerra forman el ejército activo. Desde los treinta y dos á los cuarenta años, permanecen en la segunda categoría, á la cual se le confía el servicio de guarniciones y la custodia de los plazas fuertes en tiempo de guerra. En caso de invasión del territorio se llama el *landsturm*, que se compone de todos los hombres menores de cincuenta años: no hay distinciones, ni exenciones, ni sustituciones, bien sea por el nacimiento ó cualquiera circunstancia; todos los ciudadanos

son soldados, y cuando dejan de serlo, deben conservar, durante nueve años, las costumbres militares.

Los últimos reyes de Prusia no se mostraron muy apasionados por la guerra; sin embargo, no por eso dejaron de aumentar sus fuerzas; y habiéndose inventado los fusiles de aguja proveyeron con ellos á sus ejércitos: con estos nuevos fusiles fueron á pelear en la guerra suscitada entre Alemanes (1).

Aquí tiene lugar un episodio italiano. Cuando Napoleon presentó el programa de la Italia libre hasta el Adriático, volvieron á renacer las esperanzas de independencia entre los Venecianos; pero con la paz de Zurich se encontraron nuevamente encadenados al Austria; esta en vano trató de conciliárselos por medio de concesiones y de Constituciones, por cuanto eran excitados desde el reino de Italia que se creía obligado á completarse y redondearse con aquella adquisición; así fué que las repetidas tentativas que hicieron algunas partidas armadas, y las conspiraciones no dieron más resultado que el de causar víctimas.

Bismark, aprovechándose de estas aspiraciones, propuso á la Italia que atacase al Austria por el Mincio, mientras que él la atacaría en Alemania; como el Austria protestaba que quería la paz se la decía que lo probara cediendo la Venecia, que era el eterno foco de disturbios. Esto no podía consentirlo ni su dignidad, ni los compromisos adquiridos con la Confederación Germánica. Por lo demás, se mostraba dispuesta á hacer aquella cesión siempre que se le diese un territorio equivalente, en otra parte.

No obstante que á los Alemanes les repugnase el tener guerra con Alemanes, y que el rey Guillermo se negase á aliarse con un rey usurpador (según decía), y con un jefe de aventureros, empujado por aquel demonio que quiere amontonar ruinas sobre ruinas, permitió á sus ministros que se pusiesen de acuerdo con los Italianos, y les suministrasen ciento veinte millones. La Italia aumentó sus intrigas contra el Veneto, secundando y provocando el ardor na-

(1) Según Kolb, en el año de 1859, había en cada Potencia las fuerzas armadas siguientes:

Gran Bretaña comprendida la India.	230,000	Suma anterior.	3,240,000
Francia.	570,000	Dinamarca.	50,000
Rusia.	750,000	Suecia.	95,000
Austria.	550,000	Noruega.	14,000
Prusia.	400,000	España.	120,000
El resto de Alemania.	230,000	Portugal.	33,000
Estados Italianos.	350,000	Grecia.	10,000
Bélgica.	80,000	Turquia.	150,000
Holanda, comprendida la India.	80,000	Marina de varias Potencias.	200,000
	3,240,000	TOTAL.	3,912,000



GUILLERMO, rey de Prusia.

... de la guerra. El hecho fue que no pudie-
ron obtenerse de acuerdo, y en definitiva no se
celebraron franca y definitivamente por el Aus-
tria, más que el Hanover, la Sajonia, y el Wur-
temberg.

Los primeros Electores de Brandeburgo lo
mismo que los otros señores de Alemania, no
tenían tropas fijas sino que para su guerra reser-
vaban. Esto significaba cuando tenía que reser-
varse la sucesión del Ducado de Sajonia y el
Jelleros tomó a sueldo 1,400 hombres. En la
guerra de los Treinta años, con mil ochocientos
infantes y tres mil caballos se fue frente a los
Imperiales y a los Españoles. Después de la paz de
Westfalia, Federico Guillermo fue uno de los
primeros en abrirse para en adelante el
mando serio de los soldados; y en 1653 au-
mentó su ejército hasta 26,000 hombres elegidos
entre los pequeños propietarios e industriales;
y con ellos años hizo las campañas, que le valie-
ron el título de Gran Elector. En 1660 se casó
con Sofía, hija de Carlos X de Suecia, y se casó
con ella. En 1663 se casó con Sofía, hija de Carlos
X de Suecia, y se casó con ella. En 1663 se casó
con Sofía, hija de Carlos X de Suecia, y se casó
con ella.

... a tener la fuerza de un ejército de
soldados, sirviéndose para el mantenimiento
para tener ó comprar buenos generales. En
tiempo de Federico II, si que no le impedía
la filosofía el comparecer en la guerra y la con-
quista, se agotó en las campañas por las victo-
rias que ganó sobre el Austria y la Fran-
cia, y murió en la batalla de Mollath, en
Suecia, el 25 de mayo de 1740. Su hijo, el
Gran Elector, se casó con Sofía, hija de Carlos
X de Suecia, y se casó con ella. En 1663 se casó
con Sofía, hija de Carlos X de Suecia, y se casó
con ella.

... en la guerra de los Treinta años
con el ejército de Carlos X de Suecia, y se casó
con ella. En 1663 se casó con Sofía, hija de
Carlos X de Suecia, y se casó con ella. En
1663 se casó con Sofía, hija de Carlos X de
Suecia, y se casó con ella.

son soldados, y cuando dejan de serlo, deben
conservar, durante nueve años, las costumbres
militares.

Los soldados de Prusia no se mostraron
muy contentos por la guerra; sin embargo,
no por eso dejaron de aumentar sus fuerzas; y
los soldados inventado los fusiles de aguja pro-
veyeron con ellos a sus ejércitos: con estos
fusiles fueron a pelear en la guerra sus-
citada entre Alemanes (1).

Aquí tiene lugar un episodio italiano. Cuando
Napoleon presentó el programa de la Italia libre
hasta el Adriático, volvieron a renacer las espe-
ranzas de independencia entre los Venecianos;
pero con la paz de Zurich se encontraron nue-
vamente encadenados a Austria; esta en vano
trató de conciliárselos por medio de concesiones
y de Constituciones, por cuanto eran excitados
desde el reino de Italia que se creía obligado a
compártarles y comunicarse con aquella adqui-
sición, que los españoles tentativas que
hicieron de ellos, y las cons-
tituciones de 1809, que el de

... en la guerra de los Treinta años
con el ejército de Carlos X de Suecia, y se casó
con ella. En 1663 se casó con Sofía, hija de
Carlos X de Suecia, y se casó con ella. En
1663 se casó con Sofía, hija de Carlos X de
Suecia, y se casó con ella.

... en la guerra de los Treinta años
con el ejército de Carlos X de Suecia, y se casó
con ella. En 1663 se casó con Sofía, hija de
Carlos X de Suecia, y se casó con ella. En
1663 se casó con Sofía, hija de Carlos X de
Suecia, y se casó con ella.

(1) Según Kolb, en el año de 1859, había en cada Potencia
las siguientes armadas siguientes:

Suecia anterior	3,240,000
Dinamarca	50,000
Suecia	95,000
Francia	14,000
España	120,000
Portugal	33,000
Italia	10,000
Turquía	150,000
Marina de varias Potencias	200,000
TOTAL	3,912,000
3,210,000	



GUILLERMO, rey de Prusia.

cional; al mismo tiempo se excitaba á la Hungría á sublevarse, y se hacían alistamientos garibaldinos para invadir la Dalmacia y el país de Trento.

Habiendo tenido conocimiento el Austria de estos convenios con la Prusia, se vió obligada á enviar á Italia un ejército de 200,000 hombres, pero diciendo al mismo tiempo á Napoleon y á las otras Potencias que se interponían, que estaba dispuesta á desarmar tan pronto como la Italia y la Prusia hiciesen otro tanto. Todo fué en vano; y las hostilidades no tardaron en romperse. Benedek mandaba el ejército austriaco, y el príncipe Federico y los generales Herwarth y Steinmetz mandaban el ejército prusiano, el cual con una rapidez admirable ocupó el Holstein, entró en Sajonia y en Leisich, y despues en Bohemia; en la batalla de Sadowa, que fué una de las más mortíferas del siglo, el Austria perdió 16,000 prisioneros, 40 banderos y 180 cañones; de modo que en un mes se concluyó una guerra que se temía hubiese sido tan larga como la de los Treinta años.

La Italia rompía simultáneamente las hostilidades y pasaba el Mincio por un puente de barcas; pero, derrotado en 24 de Junio su ejército en Custoza, tuvo que retirarse ante el ejército austriaco, mandado por el Archiducado Alberto, al paso que su flota, de la que tanto se había hablado y ponderado, fué también derrotada en Lisa por la flota austriaca, mandada por Tegetoff; pero para esto había sido necesario distraer de la Alemania 200,000 hombres que hubieran podido disputar todavía la victoria, aún despues de la derrota de Sadowa. Entonces el emperador Francisco José cedió el reino Veneto á Napoleon, el cual lo retrocedió á la Italia. No siendo ya posible la existencia de pequeños Estados, Napoleon confiaba en que podría ver dividirse la Europa entre él y Bismark. Despues de haber hecho las paces con el Austria, el rey de Italia pudo anunciar: « la patria está libre de todo dominio extranjero. »

Segun los preliminares de Nicolsburg seguidos de la paz de Praga del 23 de agosto, el Austria, hacia la renuncia del reino Lombardo-Veneto, así como de todo derecho sobre el Sleswig, y el Holstein; reconocía disuelta la Confederación Germánica y aceptaba la nueva constitución de esta y las instituciones que á la Prusia le agradase introducir en ella, quedando excluida el Austria de dicha Confederación.

Al territorio de 280,000 kilómetros con diez y nueve millones de habitantes, la Prusia, se agregaba el reino de Hanóver, la Hesse Electoral y parte de la Gran Ducal y de la Baviera; el ducado de Nasau, los de Sleswig y Holstein, y la ciudad de Francfort, extendiendo su superficie á 352,000 kilómetros con veinte y tres millones

y medio de súbditos. La Baviera, el Wurtemberg, Baden, la Hesse, Lichteistein sobreviven pero aislados. El Limburgo y el Luxemburgo quedan agregados á la Holanda; pero separados de la Alemania, y la Sajonia, con gran pena, obtiene su conservación como miembro de la nueva Federación.

El Parlamento alemán reunido en Berlin el 24 de febrero de 1867 discutió la nueva Constitución, y el rey decía en su discurso: « Doy gracias á la Providencia, que me sea permitido, de concierto con una asamblea cual ningún príncipe alemán ha visto reunida á su alrededor hace siglos, el expresar mis grandes esperanzas; doy gracias á la Providencia que guía á la Alemania al término deseado de su pueblo, por caminos que nosotros ni habíamos preparado, ni elegido. »

Mientras que subsistan intereses y aspiraciones contrarias, ninguna paz puede ser más que una tregua, y muchas veces es necesaria la guerra para curar males que con la lentitud se encanecerían. En medio del lenguaje patriarcal del rey de Prusia, y del soldadesco del Austria, el socialismo iba tomando incremento y enervándose con el charlatanismo de los filósofos; que proclaman siempre la más absoluta independencia del individuo; así como con el de los periódicos, de los cuales, algunos predicaban descaradamente la comunidad de bienes, de mujeres y de hijos.

VII

FRANCIA Y PRUSIA — EL COMUNISMO

Desertando y desmintiendo Napoleon los principios conservadores en virtud de los cuales había sido elegido, para entrarse en el laberinto de la revolución, dió á conocer que no era uno de aquellos genios que aparecen y están predeterminados para poner fin á los trastornos causados por aquella, y recoger el fruto de los grandes sentimientos; sino bien que era, simplemente, un osado y afortunado aventurero (1).

Conspirador incorregible, era además un furibundo innovador de las cosas antiguas, lo cual no le conciliaba el afecto de los conservadores; pero no innovaba lo bastante para contentar á los demócratas; improvisaba las soluciones y las alternativas; pero le faltaba talento ó fuerza de alma para permanecer firme en sus

(1) El príncipe Alberto decía de Napoleon. « Ha nacido conspirador, vive siendo conspirador; y á la edad que tiene ya no podría cambiar de carácter: siempre está complotando y siempre desconfiando. Para llevar adelante sus planes, le era necesario tener un aliado; y la Inglaterra era el único que le pudiese convenir; pero como la alianza con la Inglaterra implica la observancia de los tratados y el progreso de la civilización, esta alianza le incomodó muchas veces. »